

HISTORIA

La excelente señora doña Juana, la Infamada

Por T. C.

No hay vida humana —salvo aquellas de tipo angélico, que la voluntad divina sitúa por encima de la contingencia de las pasiones humanas— en que el dolor no ocupe una parcela importantísima del camino del alma hacia su tránsito definitivo. Pero en todas ellas suele darse, durante más o menos tiempo —una hora, un mes, un año—, la alegría de una ilusión a punto de conseguirse o la felicidad de un sueño realizado. Son muy pocas las existencias excepcionales en que la risa y el amor, la satisfacción de la vanidad o la creación no inundan con su luz rosada el mundo en torno, siquiera sea por un período fugaz, que muchas veces basta para teñir con sus reflejos áureos incluso los momentos desesperantes de la amargura, la ingratitud y la tragedia. A una de estas vidas tremendamente impares por la desolación espiritual y la tristeza —la de la excelente señora doña Juana de Trastamara, princesa de Castilla, conocida en la Historia con el sobrenombre de *la Beltraneja*— dedicamos estas páginas.

Cuando, después de leer alguna crónica contemporánea, pensamos en la infeliz criatura —a la que nunca hemos visto descrita, ignorando, por tanto, si su rostro era agraciado como el de su madre, la bellísima reina doña Juana de Portugal—, nos la imaginamos con esa belleza melancólica de los niños enfermos, con esa indiferencia resignada de la princesa de la *Sonatina*, de Rubén Darío, perdidos el color y la risa, mientras persigue —no por el cielo oriental, sino por el duro firmamento de la meseta castellana— la libélula vaga de una lusión, que sólo podría ser la de morir cuanto antes.

Para otros seres, el dolor llega después de una

infancia radiante, llena de goces y de juegos. Pero a la triste doña Juana la acechaba desde antes de nacer, en cumplimiento inexorable de la más terrible maldición bíblica: la que hace recaer sobre la inocencia de los hijos, la enorme responsabilidad del pecado de sus padres. No es ocasión la de estas páginas para intentar dilucidar el hermético secreto del origen de doña Juana. Lo que nos interesa examinar es la tragedia de una niña a quien las circunstancias políticas de su época infamaron desde el momento en que fué concebida hasta el instante en que el Señor la reclamara para el paisaje consolador de la gloria celestial.

Don Enrique IV de Trastamara, rey de Castilla, de León, de Galicia, etc., después de largo matrimonio estéril con otra desdichada princesa —doña Blanca de Navarra—, que anuló el Pontífice, decidió en 1455 casar con la infanta doña Juana, hermana del rey don Alfonso V de Portugal, «ansí por el bien de la generación que subceda en estos Reynos, quando Dios me quisiere llevar, como porque mi real estado con mayor abtoridad se represente». Celebrada la ceremonia nupcial en Córdoba con toda la solemnidad requerida por la grandeza de los contrayentes, transcurrieron largos años sin que la real pareja diese un heredero al trono de San Fernando.

Pero en el año de gracia de 1461 se anunció que la reina se encontraba en estado de buena esperanza.

El rey ordenó que la reina, que se encontraba en Aranda, se trasladase a Madrid, donde él estaba, para que allí naciese el heredero esperado, recibiendo con gran pompa a doña Juana.